

Antes de la aurora.

*En torno a una fenomenología de lo divino
en María Zambrano*

Al serme propuesta la redacción de un artículo sobre María Zambrano, pensé en principio ofrecer una síntesis del «Ensayo para una fenomenología de lo divino», presentado como Tesis de Licenciatura en Málaga en el año 1984, ya que supone una visión particular de la obra zambrana y fué fruto, más que de una larga investigación, de un largo meditar tanto intelectual como vivencial, pues de ninguna otra manera puede uno introducirse en el pensamiento de esta autora.

No obstante, es porque considero que el mayor homenaje que pueda hacerse a un autor no es la remodelación, sistematización, o cualquier otro tipo de retruécano sobre su obra —María Zambrano merece ser leída de primera mano— sino el haber madurado aquello que quiso ofrecernos y haber pensado a partir de ahí en su misma senda, por lo que creo ahora más oportuno aportar las posteriores conclusiones a las que me llevó dicho estudio.

Para su comprensión deberé sin embargo presentar algunos aspectos fundamentales en los que se apoyó el trabajo:

Ante todo, la reiteración casi obsesiva de María Zambrano en torno a la luz. La luz, su ansiada búsqueda, es el hilo conductor de toda su obra. y por la luz, la palabra. El decir como logos poético, pues la palabra poética es creadora. La luz debe ser respuesta; y así, el ansia de luz, pregunta. La Pregunta naciente en las oscuras profundidades de «lo sagrado» es producto de una angustia que trata de anularse en sus respuestas, las mil caras que le damos a la realidad y sus nombres: lo divino. Es lo divino para Zambrano la manifestación de una realidad siempre oculta que se re-vela en la presencia y que los hombres irán traduciendo según su época y la cultura en que se hallan inmersos y de la que son parte y hacedores.

La conexión tan patente entre la Pregunta —el ansia de claridad del ser humano con respecto a su propia existencia y al mundo— y la *forma de ver*, convierte la fenomenología de lo divino de Zambrano en puente entre la metafísica, una metafísica de contornos nuevos, y la epistemología, hacia un conocimiento del ser profundo del hombre en su totalidad. Y es mediante un método

nuevo, al menos en su formulación, el de la razón poética, que Zambrano pretende tocar las fibras más íntimas del existir, pues «la razón, la pura razón no es suficiente para ponernos al alcance de la verdad. Hay que ensayar otras vías»¹.

En este camino del hombre hacia la luz, metáfora a la vez de la inteligencia y del corazón, o hacia la recuperación de su ser perdido, enajenado de sus orígenes, de su unidad primera, pueden apreciarse tres etapas, que por otra parte son también tres estados:

En la etapa poética, el hombre se halla inmerso, con-fundido, en la realidad; es el momento admirativo previo a la pregunta. Pero la actitud interrogante pronto convierte a la poética en un quehacer doliente, trágico, y la admiración en violencia. Admiración y violencia están unidas en el albor de la Filosofía. «La primera nos mantiene apegados a las cosas, a las criaturas, sin podernos desprender de ellos, en un éxtasis en que la vida queda suspensa y encantada. De ella sola no podría derivar algo tan activo como el pensamiento inquiridor, como el pensamiento develador. Hace falta que intervenga alguien más: la violencia, para que surja algo que se atreva a «rasgar el velo» en que aparecen encubiertas las cosas»².

La filosófica será la segunda etapa, en la que adviene la separación y se establece una relación de poder entre el hombre y la realidad. El nacimiento a la conciencia es ruptura y de-solación, esto es: entrada en soledad. Pero el *ser*, la respuesta filosófica que reemplaza a los dioses mitológicos, no es capaz aún de anular la angustia. La Respuesta solamente podrá hallarse al final de la búsqueda cuando, depuestas las armas, se hará entrega de la propia libertad.

Esta es la etapa mística; la entrada en el Lugar donde todas las preguntas se aunan en una sola que a su vez pierde su expresión verbal. La palabra, en esta etapa que es recuperación poética, ya no es discurso, no es significado, sino sonido, metáfora, mostración perfecta. La poesía «intentará crear la imagen mágica del tiempo sagrado por una forma de lenguaje activo, creador. Seguirá buscando la inocencia de la palabra y lo hará ahondando más y más en el interior de nuestra hermética vida hasta encontrar un cierto espacio, lago de calma y quietud, ese punto, ese centro desde el cual es posible poseerlo todo, sin perderlo ya más»³. En ese momento, la palabra irá al encuentro del silencio, y cuando palabra y silencio se unen, la palabra pierde su forma lógica y se adentra en el ritmo, llegando a ser *palabra creadora*: «Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede recuperar la palabra su inocencia perdida, y ser entonces pura acción, palabra

1 J.F. ORTEGA MUÑOZ, *María Zambrano o la Metafísica recuperada*, Universidad de Málaga, 1982, p. 55.

2 M. ZAMBRANO, *Pensamiento y Poesía en la vida española*, en *Obras Reunidas*, Aguilar, 1971, p. 271.

3 M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Losada, B. Aires, 1950, p. 35.

creadora⁴. La presencia, de nuevo, se basta a sí misma, y el ser se reintegra en la unidad. Y es quizás entonces, en esa nueva forma de ver, que el lema «a las cosas mismas» pudiera adquirir su auténtica dimensión.

La gran aportación que Zambrano deja sin embargo inconclusa en razón —todo hay que decirlo— de su ambigüedad y consiguiente falta de concreción, es, aparte de la responsabilidad afectiva del hombre frente a su destino, lo cual sí deja remarcadamente claro, la posibilidad de realización concreta del encuentro con su ser a través y mediante la palabra. Desde una visión uniforme como es la de la inmersión original, el hombre va conociendo delimitando; y es necesaria la identificación y particularización, pero luego es menester desbrozar la palabra de sus significados; bien entendido que ello conlleva una cierta «muerte» del elemento discursivo, en pro de una comprensión más allá —o más acá— de la verbalización. Esa «muerte» es precisamente el más amargo y luminoso destino del hombre: el de ir creando su ser a través de la angustiosa soledad donde le sume el dominio de la palabra. La Filosofía es el acto separador que solamente podrá sublimarse desembocando en la anulación de la pregunta y la aceptación del misterio más allá de sus interpretaciones.

Es necesario, decía Husserl, perder primero el mundo mediante la *εποχή* para reencontrarlo luego en una toma de conciencia universal de sí mismo⁵. No es otra cosa a lo que Zambrano parece aludir, sólo que el reencuentro no se efectúa en base a una nueva sistematización —«El sistema es la forma de la angustia y del poder», dice Zambrano⁶— sino en base a una entrega. El hombre se reencuentra con el mundo fuera de las disgregaciones racionalistas, y por esto puede el reencuentro ser total. Tampoco hay que olvidar que Husserl cerró las *Meditaciones Cartesianas* con la frase de S. Agustín «*in interiore homine habitat veritas*»; quizás el error de la fenomenología trascendental fuese el empeño en darle nombre a esa «verdad» queriendo aprisionarla en coordenadas racionales, al margen de la vida.

El título «*Antes de la aurora*» responde aquí a dos razones: Anecdóticamente previene la probable edición de una obra de Zambrano que, según ella misma anunció, llevaría por título «*La Aurora*». Fundamentalmente, obedeciendo al contenido, porque el camino del hombre hacia la luz transcurre en la noche, entre las sombras de las pasiones, las ideas, y el terrible pesar de un ser que no sabe aún soportar su carga. Antes de la aurora es el tiempo del hombre, de su hacer, de su hacerse, de su existencia. Es historia. La historia concreta y vital de cada individuo, la de todos. Antes de la aurora es bási-

4 Ibidem.

5 HUSSERL, *Meditaciones Cartésiennes*; Vrin, Paris 1969, p. 134. Trad. Gabrielle Peiffer y Emmanuel Lévinas.

6 M. ZAMBRANO, *Filosofía y Poesía*, en *Obras Reunidas*, Aguilar, 1971, p. 187.

camente esto: tiempo; padecer del hombre entre su libertad y su deseo de liberación.

CONCLUSIONES ÉPICAS Y PRAGMÁTICAS. L'HERMITE

La noche más tenebrosa que pueda un hombre imaginar es probablemente aquella en la que se enfrenta a su pobreza. A tientas, probará remendar los huecos dejados en el cielo por las estrellas ausentes, valiéndose de todo lo que encuentre: hojarasca, pedacitos de invierno, trozos de metal, iones, rayos de sol tardío... mezclará la escarcha y el rocío con el barro y la espesura, pero nada servirá. Y volverá cansado, a sentarse frente a sí mismo, el insomnio en los párpados dolientes y los sueños esparcidos. Y en la oscura madrugada, en el instante interminable que precede a la aurora, tendrá lugar la más temida revelación: el hombre está solo, y el universo es sordo a la plegaria.

Antes de que la luz se haga premonición, antes de que surja el guía, es la noche un denso anfiteatro donde el eco confunde las palabras, las invierte y entrecruza, las despoja de sus auténticos y musicales significados y éstos, no devueltos a las cosas, somborean errabundos las gradas, convertidos en fantasmas inútiles y torpes. Y van formando las palabras nocturnas inextricables tramas donde los hombres navegan creyendo hallar el rumbo de continentes futuros. Proyecto de un orden que a otro orden escapara, creación tangible, concatenación simbólica de signos engarzados al ritmo de una lógica que a otra lógica tal vez supliera.

Pudiera ser que también esto fuese ilusión: la oscura sensación de ahogo en lo insondable, la necesidad de hacer la luz, de conocer, de ordenar, que fuese también un sueño, aquel que los griegos nos enseñaran, dicen, a soñar. Pudiera ser que la angustia vital, o filosófica, no fuera más que el sustento de una mente que se desborda. La sabiduría del Oriente, aparentemente, así lo pensaría. No obstante, cuando Buda, a modo de sermón, levantó simplemente una flor descubriendo así la autenticidad de la vida, sin palabra, no-interpretada, no-simbolizada, no-recuerdo, enteramente vivida en el aquí y ahora, fue para él el resultado de un largo caminar con la Pregunta. Donde empezó la enseñanza del budismo había terminado el recorrido agotador de un hombre que fue despojándose trozo a trozo de sí mismo, esto es, de las creencias sobre sí mismo, y descubriendo que el deseo de perpetuación está en la base del dolor porque también es el substrato de una ilusión. ¿Desear un más allá no es acaso morir para el ahora, hipotecar la vida en pro de un futuro que nunca llega a ser presente y en el que nos forzamos a creer para evitar la desolación? Es tal la proyección occidental hacia el futuro que no contentándose con un más allá, ni con otra existencia, ni con algún tipo de metempsicosis, es una *vida eterna* lo que promulga, a la que quiere entender como eterna

duración. Sin embargo, vivir el aquí y ahora en toda intensidad es probablemente ya la vida eterna. Cada instante en lo profundo, en una dimensión exenta de tiempo. La renuncia a la perpetuación del yo personal, ese conglomerado de intimidades aprendidas y saberes asociados, es posiblemente la más ingente tarea a la que el ser humano se enfrente; no obstante, si se mide la grandeza de un hombre por el grado de resistencia que es capaz de vencer, es indudablemente la lucha contra lo que conforma la propia identidad, la lucha contra el orgullo, lo que pueda retribuirle mayor satisfacción.

Mas si la historia del budismo es la escuela de un eterno presente, no pudo lograrse, y esto lo olvidan fácilmente los seguidores de estas vías, sin las tribulaciones de un hombre, sin su existir concreto, cuya «iluminación» final no fue el resultado de una «sentada» bajo el árbol *Bodhi*, sino de todas las experiencias y vías muertas que anduvo hasta comprender la raíz última de la existencia. Y dudo, por mucho que los discípulos se empeñen en repetir los gestos del último acto, que puedan lograr un desenlace que es fruto de una existencia, ella sí, personal, actuada, dramatizada por cada cual. Y dudo igualmente que emprendan el camino sin una pregunta en las entrañas, la misma que les impulsa a ceñirse una fe, unos ritos, o una forma de vida determinada.

De no ser por la Pregunta que inevitablemente emerge de nuestras aguas cotidianas, para algunos de manera clara y constante, para otros subrepticia o extemporáneamente, de no ser por ella, estaríamos tentados de confesar que nada hay más de lo que parece haber.

La Pregunta, esa eterna inquilina de nuestros hogares, sobre todo en las horas en que la luz se apaga, o la lega falta para el fuego, en las horas en que rompe por algún eslabón la cadena de los seres en su habitual discurso y la acostumbrada modorra de sus paseos dominicales, la Pregunta vigila siempre, extrarradio, los largos pasillos de la mente.

De no ser por ella, para aquel que hubiese viajado, que se hubiese asentado en más de una posada creyéndola incluso morada definitiva, cuando por fin se sentara ya no frente a sí mismo sino consigo mismo (sin *mismo* ya con que diferenciarse), las cosas parecerían ser devueltas a su ser, y de forma indeleble, fundir su ser en su apariencia. El «todo esta aquí» no implicaría ninguna subrepticia «pega», ninguna incógnita que se dejase adivinar bajo la aparente simplicidad de lo mostrado, ningún recurso que sabiamente se introduce para superar una metafísica del «trans-» o del «más adentro»; la trascendencia más allá de los estereotipados límites del «más allá». El artificioso retruécano del «todo está aquí» dejando suponer que *aquí* hay mucho más de lo que se muestra, enfatizando el *todo* de forma que se englobe en él lo que se muestra y lo que no se muestra, resulta así muy distinto a decir que «aquí está *todo lo que hay*».

De no ser por la Pregunta, presente siempre a la hora más intempestiva, «todo está aquí» significaría simplemente que no hay que ir a buscar nada

más de lo que se nos presenta, y no por razones de mayor interioridad sino por la empírica relación de las partes con el todo, de la parte que soy yo mismo, sentado en el todo, parte entre partes, y todo con el todo. La praxis resultante de sentarme entre las cosas como un niño entre sus mágicos cubos de colores desconcierta toda metafísica, y el «todo está aquí» se vuelve indescriptiblemente presente, concreto... de no ser por la Pregunta. *Lo concreto, lo presente*, entornan sus letras para convertirse en *lo cierto, lo real...* y ya no casa nada con nadie. Dos dimensiones, la del acto y la del concepto, la del ser-siendo y la del ser-pensado, aparentemente irreconciliables, ¿acaso por la dualidad en que se inscribe aquel nuestro «arte conceptual»? El ser-siendo-con las cosas no se pregunta por la validez ni por la realidad de aquello que le rodea, ni tampoco de sí mismo. La división y el problema parecen corresponder a ciertas categorías mentales. El descanso y la paz retroceden cuando abordamos la imposibilidad de mantenernos en la proyección del acto puro, de la pura praxis, a la que pudiera ser que estuviésemos llamados, y en la que encontraríamos, tal vez, nuestra redención.

Pero esta confesión, este reconocimiento de los hechos como de una larga deuda del ser humano frente a sí mismo, sólo puede hacerse una vez deserradas todas las creencias que, cuando no se dan por motivos de inercia, parecen responder a extrapolaciones de ciertas necesidades, las más de las veces afectivas o de poder. Las creencias se urden en la gruta inmemorial de los deseos, desde las innumerables y más superficiales, aquellas que pueden ceder por poco que entre en juego un acto mínimo de razón, hasta las infranqueables, aquellas en las que, decía muy bien Ortega, estamos, y sin las que no podemos vivir. Vivir entre las cosas, se entiende, en nuestro mundo de relaciones que como supuestos básicos contiene el tiempo y el espacio requeridos para toda estructura relacional. ¿Puede haber otra forma de vivir que no sea esa? ¿Llamaríamos vida acaso a toda unidad supraindividual que englobara en su latir las respiraciones de todos los seres? Vida quizá, pero no existencia, esa que, según Zambrano, es el desarrollo de un argumento y, como en todas las historias, comienza con un nacimiento y finaliza en la muerte.

En dos creencias estamos con las que llevamos a cabo nuestro existir. Y no es que debamos tratar de erradicarlas (sería desistir de esta vida) pero sí, y sería suficiente, darnos cuenta de que lo son. La primera, de orden externo, es la substantividad del mundo; la otra, de orden interno, la realidad del yo. Cabe preguntarse ¿para qué darnos cuenta si de todas formas seguiremos en ellas? Pues bien, para entrar en la danza. Para jugar el gran juego de la vida con todas las cartas en la mano, o por lo menos, con alguna más. Esto es lo que hace que un hombre se adueñe de su existencia, y ese es su poder. Sólo entonces puede adquirirse la libertad, danzar porque se quiere, y aprender a confiar. Donde ponemos la confianza ponemos la fuerza; y porque desconfiamos de nosotros sentimos la necesidad de exponer, de plasmar este poder en algo que esté libre de toda flaqueza, algo de lo que no nos sea posible dudar.

Entonces, le fabricamos un templo, lo hacemos cualidad de un ser todopoderoso y nos aseguramos de que siempre estará allí, a nuestro alcance, a salvo de nuestro incompetencia, de nuestras frecuentes debilidades, en lo preciso, omnipresente, porque el que algo siempre esté presente nos confirma en nuestra realidad. Pero no es más que una argucia, una sutil, astuta y puede que inconsciente argucia que asentándonos en una firmeza de inquilinato nos despoja de la propiedad que mejor nos asegura el rango de ser humano: el acto voluntario (entendiendo por voluntario el acto incondicionado). Hipotecar lo máspreciado de nosotros significa por otra parte exponerse a perderlo, pues cuando se derrumba el templo, nos destruimos con él, mejor dicho, destruimos algo de nosotros que esté inserto en la creencia. También así, puede que de los escombros surja el hombre nuevo. Más problemático resulta cuando, tan bien jugada es la partida que el rey se adueña de nosotros, y los actores vuelven a ser «jugados» atrapados en sus propias redes, olvidados de que el juego fué iniciado por ellos.

Ver las creencias en las que estamos es el camino de la Voluntad. Voluntad para actuar, primero; luego, voluntad para renunciar a la propia voluntad, para vivir sin finalidad, sin ganancia, para entrar en la danza. Olvidar el fin de la acción es condición para que la acción se realice como acto, esto es, plenamente. Es indispensable soltar las riendas, dejarse hacer, que el propio desarrollo e la acción la lleve a su cumplimiento; es necesario entregarse a la dinámica oculta que toda acción lleva incluida en su proyección hacia la armonía. Dejar que cada nota vaya a confluír con las demás, como si a cada una le correspondiesen otras seis para conformar la octava.

Ya avanzada la noche, cuando aún el cuerpo lucha con las sombras, ocurre que lo substantivado recupera los caracteres del verbo, preparando así, en el seno del bosque ignorado, el Lugar de la escucha, el Claro donde la aurora pueda desplegarse. Y con la inconsistencia de las cosas entregadas al tiempo, el yo se desmenuza y tambalea reducido el pensar a pura paradoja. Las paradojas son esas extrañas formaciones mentales que en un momento dado, como los *koans* del budismo zen, nos hacen saltar fuera de nuestras estructuras. Dejan un residuo que es una sensación mezcla de extrañeza y de sonrisa y que no siendo desagradable, desconcierta. Y el des-concierto significa el fin del entendimiento, de una armonía normativa, de lo que entra de algún modo en lo ya sabido y reproducido. Estar desconcertado es salirse del juego (que creemos realidad) y toparse con los lindes de lo imprevisto. Y éste es precisamente el reino de la mística. «Lo místico, dice Paniker, ha de venir después de haber atravesado las paradojas de la lucidez»⁷. Traspasado el linde, puede que se enmudezca, o puede que se siga hablando; no son éstas las coordenadas. Sencillamente, se es uno mismo con aceptación activa del papel, que no

7 SALVADOR PANIKER, *Aproximación al origen*, Kairós, Barcelona, 1982.

con resignación. Se es uno mismo después de ver que no se es nada determinado, nada idéntico, que toda categorización es la norma que permite seguir el juego.

La pregunta que precede a la aurora no es la pregunta por el mundo, sino por el propio preguntar. Esa y no otra es la pregunta filosófica. No ¿qué es el mundo? o ¿qué soy yo? sino ¿qué me hace preguntar por el mundo? No ¿qué es el Ser, o el Principio, o Dios...? sino ¿qué es lo que me hace preguntar por ello? Creo, como Wittgenstein, que toda pregunta bien formulada contiene su respuesta. Sin embargo aquí, en la pregunta esencial («¿qué nos hace preguntar? ¿Por qué este afán de claridad?») la respuesta no está en los enunciados, sino en el sentir que subyace a su formulación. La propia direccionalidad es en sí misma aquello a lo que va dirigida la pregunta; en el impulso está la respuesta. La pregunta por el deseo de conocer es la pregunta fundamental porque de este deseo parte toda pregunta. En la misma pregunta por el deseo de conocer o deseo de claridad, en la misma pregunta por el preguntar está la respuesta a la pregunta fundamental, puesto que es el propio objeto de la pregunta (el deseo de conocer) lo que lleva a preguntar. De manera que en el impulso que lleva a la pregunta está la respuesta a la Pregunta. Y ésta no es ninguna respuesta teórica, sino vital.

¿Qué ha de ocurrir para que al fin la aurora se levante? Cuál es el camino que pueda conducirnos hasta el alto mirador donde la claridad aliente y se adueñe de la tierra, de nuestra tierra, que el cuerpo es tierra donde brota el ser. No basta mirar arriba, el sol no despunta en las alturas; es preciso dirigir la mirada adentro, en lo profundo: en las entrañas. Es preciso recuperar el origen y deshacer el nudo que aprisiona, allí, nuestro destino, nuestra historia. Tal vez aprender a representarla, a «jugarla» (*jouer une oeuvre*); o tal vez, quién sabe, optar por re-anudarla...

Esas infancias que invaden la vida como si siempre hubiesen existido, confiadas, como si el rastro imprevisto de la tarde que acecha no fuera amenaza, tan sólo linde, arrecife lejano, horizonte que a otros pertenece. Devolución de la tierra al aire, temporal elemento que en su diáfana densidad esparce la materia para su eterna surrección. El niño es un poeta, y bien puede que no viva jugando, sino que viviendo juegue. No busca saberse, se es en cada aliento, en cada trazo; y una canica, una simple esfera cristalina es todo un universo, creación perdurable al tacto de la memoria hasta en sus años de adulto cuando, perdida la inocencia, recupere extrañado un pedazo de vida al vuelo de un color, de un rasgo ténue y lejano aplicado al olvido. Le permitirá la memoria, ese velo que transporta en la magia del tiempo, por un instante —o una eternidad— unir dos presentes en un sólo punto.

El mirar filosófico deshace el hechizo y el cielo se oscurece, ensoñado por un ser en busca de sí mismo. No en vano designaron los griegos con el mismo término a la forma y a un dios del sueño. En su sueño el hombre toma forma; ficción, ilusión, deseo de Ser. Desear es al fin y al cabo una forma de fingir, y fingir un arte, el gran arte, la gran obra del mago que ensoñando crea.

El hombre: un ser llamado a la autocreación, que por no saberse, por no creerse, inventa celestiales testigos que rastrean el universo en busca de unidad y criaturas de los íferos abocados al crepúsculo, al ocultamiento perpetuo. Pero no podría levantarse el día de no ser por la noche que la antecede.

La aurora es un lugar y un suceso. La aurora acontece sobre algo ya hecho, una ciudad, un desierto, una tierra animada o inanimada. No se levanta sobre la nada. Tampoco sucede siempre sobre el mismo horizonte, de manera que para llegar a ella, no hay ningún rumbo concreto. Se entra en ella como se muere: por azar; y en ella, como en la unidad, no puede nadie permanecer.

En el Lugar, nada puede decirse en orden filosófico. Nada puede decirse que sean palabras de letra y tiempo. Nada puede decirse tampoco de lo que allí sucede. De lo que se puede hablar, es de la penetración en el bosque, de su andadura, el acoso de las ramas, el deseo de volver atrás, la memoria y su lastre, el olvido, la espesura, los enredos... se puede hablar de la disgregación de los senderos, su multiplicidad y su unicidad, y luego, de la apertura, el asilo de la claridad donde nacen las formas y donde residen ellas, antes de ser nacidas. Se puede hablar de la entrada en lo abierto; de lo que no se puede hablar, es de lo que en la luz conoce, porque la unión transferida en aquel acto al que fuera sujeto de su andadura hasta el Lugar cierra toda posibilidad de distanciamiento, y tal vez también todo deseo.

Si la aurora supone un destino, éste debe resolverse en lo humano, y es la existencia la fuerza directriz que entre sombras inclina el devenir hacia su cumplimiento. La aurora es lugar y es suceso, pero nuestro caminar transcurre en lo incipiente, antes, mucho antes de que la luz abunde, justo antes de que despunte, lo justo para saber, o mejor, para creer que despuntará en una región no muy lejana de nuestros pasos; lo justo también para desesperar.

Y es que es más próximo el Lugar cuanto más reducimos el paso, cuanto más se acerca el trayecto a la quietud profunda, cuanto más, al fin y al cabo, desandamos lo andado acercándonos al origen. Y más próximo el suceso cuanto menos cosas sucedan y más preparado el Lugar para recibirlo en lo quieto, como una perfecta y suave cuna de silencio para un niño que va a nacer. La aurora despunta en el instante en que se acurrucan todos los seres de la noche. Hay un instante indecible, uno sólo, alguna vez percibido, rara vez compartido, en que las cosas todas se detienen y el eco reproduce el vacío como una totalidad sin nombre, no por ello caótica, con el orden perfecto de lo que permanece en suspenso sólo el tiempo de una eternidad, pues lo eterno no puede nunca persistir. Lo eterno es efímero como el vuelo de lo bello, como el éxtasis, como todo lo que el tiempo no alcanza a marchitar. No hay duración en lo eterno.

La aurora temblorosa, o la aurora triunfal sucede, ahuyentando a las sombras, con un vapor ya conocido, de alguna manera previsto por algo que en el fondo del ser, de ese nuestro ser que algunos llamaron «alma», confiaba

y conocía. Es como la desvelación que le abre a la conciencia su propio y universal fondo común. El más ignorado porque no es tan propio como aquello que habitualmente nos conforma, el más austero porque es más propio que todos los artilugios de la comparación. Lo propio resulta así lo menos corriente y lo más común, lo que en las raíces sagradas llevaba la impronta del ser humano, su luz y su maldición.

Es frecuente —y es legítimo— hoy día, plantearse si tiene objeto aun la metafísica. Pienso que, al margen del juego especulativo de las abstracciones fundamentales, si la metafísica tiene validez ahora, y si la ha tenido alguna vez, es porque recupera y procura rastrar el compromiso del hombre para con su existir. La metafísica tiene objeto en el momento en que baja de las esferas a emparentarse con la propia vida que, como dice Zambrano, es padecer; cuando desciende y se infiltra en las venas, en las arterias, y el Preguntar invade insistentemente los cauces de la percepción hasta hacer partícipe al cuerpo de la dolencia inquisitiva, hasta que la pregunta por el ser se transforme en modos de conocer. Así indaga el cuerpo y su aliento la resistencia del mundo para construirse una idea, un lugar, para situarse entre las cosas. El hombre es un ser en un lugar, un ser de tiempo, y obtener claridad es situarse, lograr cierto control sobre lo que nos rodea. ¿Por qué necesita el hombre situarse? ¿Acaso no ocupa ya un lugar en el momento de nacer? Lo cierto es que se encuentra desplazado; deserta de su sitio en cada instante procurando sin tregua reencontrarlo. Busca el aposento que nunca le abandonara, y por no saber que su lugar va con él, por no saberse, se siente exiliado.

La metafísica supone así una epistemología, porque el hombre se hace a imagen y semejanza de cómo va comprendiendo la realidad. A medida que amplía su forma de conocer (Poesía-Filosofía-Mística) adopta una visión distinta de sí mismo por cuanto que también él es objeto de una conciencia a) naciente o incipiente, b) trágica, c) redimida o reintegrada.

Es difícil pensar en edificar una fenomenología de lo divino sin antes suponer una forma de llegar a entrever o presentir eso a lo que llama Zambrano «lo divino». De tal forma que la fenomenología se vierte imprevisiblemente en una epistemología de lo divino, y en definitiva, este aprendizaje del «ver» es lo que constituirá la propia evolución de la conciencia en la que el hombre irá sucesivamente conociendo, desconociendo y reconociéndose a partir de su visión de la realidad.

La metafísica así entendida puede tal vez considerarse como formulación del preguntar que abre las vías a una epistemología fundamental. De la mano de la metafísica es cómo la filosofía debe bajar a los ínferos donde la vida gruye y ferozmente se agita, en el sentir original, donde el amor surge como atracción primera, sabiduría de un ser no disgregado en cuerpo y alma.

Se hace perentoria la recuperación de la sonrisa, de la ironía, de la ternura en ámbitos donde la seriedad ha desecado los dominios y donde el sarcasmo, residuo amargo de lo lúcido, se erige en modelo defensivo. Es necesario que la vida vuelva a llenar las aulas, que los conceptos se entrelacen con el sentir, que el filósofo en ejercicio se ría de sí mismo por lo menos una vez al día y en el filosofar vuelva a hallarse el placer del propio quehacer, dejando de constituir un premio a la intelectualidad. Es necesario, en fin, que la filosofía vuelva a responder a las exigencias de un ser inacabado que no sabiéndose se es y siendo, no se sabe ser.

CHANTAL MAILLARD GIL EMETH

Universidad de Málaga